

Detectives del tiempo

Desperté con sobresalto, se escuchaba un gran estruendo y gritos en el exterior, parecían provocados por un gran animal, tal vez un mamut igual al que está dibujado en las paredes de piedra, junto a las huellas de mis manos y las de mi familia, que tanto nos ha gustado marcar en la caverna que nos cobija.

El ruido había alertado a nuestros padres, que salían a toda prisa y yo también quería ver qué sucedía, de modo que salí con rapidez, sin necesidad de vestirme con esas pieles tan abrigadas que usaba en el invierno, pues ya no hacía tanto frío. Pronto vi a varios integrantes de la tribu, corriendo con sus lanzas, palos y piedras, tras un animal, esta vez era un bisonte. Los seguí, manteniendo una prudente distancia, pues no sabía cómo ayudarlos y los mayores me habían dicho que aún tenía mucho que aprender.

Escuché voces que provenían de un árbol: era mi amiga Maru y su hermanito Paco, con quienes, en otra oportunidad y con mucho sigilo, ya habíamos intentado seguir a los cazadores y nos habíamos perdido en el intento. Era peligroso estar allí y aventurarnos por terrenos desconocidos, pero al mismo tiempo ¡era todo un desafío y una aventura apasionante!

También subí al frondoso árbol y desde allí pudimos observar cómo se organizaban, tratando de llevar al animal a un despeñadero cercano. Nos quedó muy claro que una persona sola nunca podría cazar presas tan grandes, era realmente una tarea difícil y de equipo. Cuando finalmente vimos al pobre bisonte muerto, nos dio pena, pero todos lo miramos con respeto, agradeciendo el alimento de su carne y el abrigo de sus pieles, pues su vida es otra ofrenda para que podamos sobrevivir. Eran los mismos sentimientos que expresamos durante

los rituales, en los cuales agradecemos al sol y a todos los elementos de la naturaleza. Nos han enseñado que sólo debemos consumir lo necesario, sin abusar de la generosidad de la tierra, que nos brinda tantas maravillas: el agua, los frutos silvestres, las raíces nutritivas y la madera que utilizamos para fabricar utensilios y para encender el fuego, los animales que alimentan y abrigan, las cavernas, en fin: ¡todo!

A la noche nos reunimos alrededor de la hoguera para alimentarnos con el regalo del buen bisonte. Luego disfrutamos escuchando las historias que contaba la gente mayor, sobre las peripecias sufridas en sus largos recorridos en busca de sustento y cobijo. A veces relatan experiencias tan peligrosas, que me impiden conciliar el sueño, especialmente cuando me imagino participando en ellas.

En cambio, con las demás niñas y niños, nos divertimos muchísimo durante los días de fiesta, cuando aprendemos a cantar y a movernos al ritmo que marcan los palos, los huesos y las piedras, golpeando sobre distintos elementos o entre sí.

¡Es un juego aprender a diferenciar y a combinar diversos sonidos!

Estaba escuchando esa música, cuando poco a poco el sonido de percusión comenzó a mezclarse con voces lejanas y timbres extraños. De pronto, abrí los ojos y me encontré junto a mi peluche y a mis cantantes favoritos sonriéndome desde sus fotos en la pared, muy a gusto, entre la guitarra y mis dibujos de animales de las cavernas.

Cuando me miré en el espejo, mi cabello seguía alborotado pero ya no tenía aquellas vestimentas de la prehistoria ni los trozos de piel atados en los pies, a modo de calzado. Sonreí, con asombro ¡había sido todo tan vívido que me costaba aceptar que, otra vez, estaba viviendo en el siglo XXI! Con pena, pero sintiendo también cierto alivio, dejé atrás aquella otra vida llena de aventuras para

atender una llamada del móvil. Justamente era Maru ¡qué útil hubiera sido contar con ese gran invento para comunicarnos en aquellos lejanos tiempos!

Tardé unos minutos en recordar cómo había iniciado semejante viaje: llegué cansada de la escuela (había tenido varios exámenes), abrí la ventana de mi habitación para disfrutar del aire fresco de la primavera y me recosté junto a mi peluche preferido. Esta es la época del año que más me gusta, especialmente por el perfume de las flores y porque la tibieza del sol pone alegres a los pájaros, que no dejan de trinar hasta el anochecer.

Escuché a mi padre llamándome desde la cocina, mamá aún no había llegado del trabajo y él había comenzado a cocinar. Generalmente elijo colaborar con esa tarea, entre todas las que se reparten en la familia, pues me gusta inventar ensaladas y ensayar postres novedosos, aunque también aprendo otras recetas más tradicionales, como por ejemplo, esa carne para asar, que tanto me recordó a aquel bisonte prehistórico tan bueno.

Durante el almuerzo, el tema preferido de conversación fue, como durante los días anteriores, las próximas vacaciones. Ya habíamos explicado nuestras preferencias entre diversos destinos posibles, tratando de justificar por qué eran más convenientes y buscando el modo de convencer a los demás. Por fin llegamos a un acuerdo que nos gustó a todos: iremos a Cantabria, para disfrutar de sus playas, pasear por Santander, recorrer sus bosques y, por supuesto, ¡visitar la cueva y el museo de Altamira! Nos miramos con mi hermano Martín, muy emocionados, casi sin creerlo... ¡nuestro sueño se haría realidad!

La preparación para ese viaje había comenzado, realmente, una tarde invernal, mientras observaba a Martín (que ya iba al instituto), muy entretenido buscando información en Internet. Curiosa como siempre, descubrí entonces la existencia

de la antropología, la arqueología y muchas otras ciencias de las que no había escuchado hablar, y me enteré que se dedican a investigar culturas muy lejanas para descubrir cómo vivían nuestros ancestros. Lo hacen como si fueran detectives del tiempo: observan mínimos detalles de todo tipo y develan misterios enterrados durante miles de años en sitios desconocidos y con antiguos tesoros. Quedé tan fascinada con el descubrimiento de nuestros antepasados lejanos que, con mi hermano, continuamos investigando durante varios días y además realizamos un taller sobre arqueología en Internet, con tantas actividades interactivas que... ¡parecía un videojuego! Descubrimos un mundo fascinante e insospechado, que nos ofrecía realizar aventuras tan entretenidas y con tanto suspenso como las que aparecían en los libros y en las películas de detectives y de exploradores.

Los dos queremos dedicarnos a investigar más porque... ¡aún queda muchísimo por hacer y descubrir! Papá y mamá nos han ayudado a elegir varios libros muy interesantes sobre esos temas, pero el abuelo (lógicamente un poco más anticuado), no comprende qué atractivo puede tener para mí alejarme de casa durante mucho tiempo y para hacer, además y para colmo, nada menos que trabajos de excavación. “Esas tareas son más apropiadas para los varones”, me dijo. Entonces, con mucha paciencia, con Martín le explicamos que no había diferencias, que todos podemos realizar esos y otros trabajos; le recordamos, entre otros tantos ejemplos, que las mujeres y los hombres astronautas también cambian juntos los pañales de sus bebés.

Pero bueno, otro día continuó contando la historia, ahora nos vamos con Martín, rápidamente, a preparar las mochilas ¡aunque todavía falta una interminable semana para iniciar las vacaciones!